



www.loqueleo.com

La isla del tesoro

Título original: *Treasure Island*

© 1957, 1987, traducción cedida por Grupo Santillana de Ediciones S.A.

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-59-9

Impreso en Colombia

Impreso por Editora Géminis S.A.S.

Primera edición en Alfaguara Juvenil Colombia: octubre de 2013

Primera edición en Loqueleo Colombia: junio de 2016

Segunda reimpresión en Loqueleo Colombia: octubre de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Diseño de cubierta:

Natalia Pérez Penagos

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

LA ISLA DEL TESORO

**ROBERT LOUIS
STEVENSON**

loqueleg

Prólogo

por Gonzalo Garcés

Long John, o el padre imperfecto

7

Robert Louis Stevenson no confiaba mucho en los padres. Tenía sus razones. Su padre había sido duro, dominante y quizá no muy inteligente. Quería que Robert Louis fuera ingeniero como él; y cuando su hijo, al cabo de un tiempo en la Universidad de Edimburgo, le explicó que no servía para los números, se molestó mucho. Entonces se lo llevó de viaje para que visitaran juntos diferentes clases de faros (que era su especialidad como ingeniero), a ver si esto lo inspiraba para seguir sus pasos. Pero Robert Louis, en vez de interesarse por la técnica de los faros, se la pasaba soñando con aventuras y peripecias novelescas. Un día le dijo que quería ser escritor. El padre contestó que ni hablar. Y, cuando Robert Louis insistió, el padre le dijo lo que dice siempre la gente bienintencionada pero superficial: que escribiera si quería, pero a condición de estudiar además una carrera seria. Esas carreras, por supuesto, son pura pérdida de tiempo. El oficio de escritor necesita muchos años de

aprendizaje y es un crimen desperdiciar ese tiempo estudiando otra profesión. En el caso de Stevenson fue el Derecho. Y si uno piensa que iba a morir muy joven, a los 44 años, dejando su mejor novela inacabada, da rabia pensar en los años que malgastó.

8 Así que Stevenson tenía razones para desconfiar de la sabiduría de los padres. Pero era un hombre inteligente y bueno (cosas que suelen ir juntas) y sabía también que los padres son seres frágiles, con sus grandezas y sus miserias, que andan perdidos por este mundo casi tanto como los hijos, con el agravante de que son, además, responsables por esos hijos. Y podía sentir deseos de contar las aventuras de estos padres imperfectos. La isla del tesoro es un poco eso.

Digo “un poco” porque Jim Hawkins, el protagonista y narrador de esta novela, no se embarca en busca de aventuras con su padre biológico. No es su padre quien le enseña, a bordo de la “Hispaniola” y después en esa isla anónima del Caribe, dónde está enterrado el fabuloso tesoro de los piratas, cómo es la vida, qué es el coraje y la cobardía, la inteligencia y la estupidez. Pero quien hace estas cosas es, no cabe duda, una figura paterna, un padre sustituto: Long John Silver, o John Silver El Largo, si prefieren la traducción.

¿Quién es Long John? Antes que nada un caballero de fortuna, o sea un pirata, o sea un hombre que no acepta la ley ni las convenciones y prefiere la libertad de una vida peligrosa, vagando por el mar y robando a quienes tienen ya más de lo que necesitan. Pero también tie-

ne su propia ética y sus valores, el primero de ellos la inteligencia. Si hay una cosa que Long John no soporta en este mundo, es la tontería, lo que no impide que él mismo se equivoque muchas veces, y en ocasiones pase por tonto. Cuando comienza esta historia, su plan es recuperar a toda costa el tesoro del capitán Flint. Long John perteneció en otro tiempo a la tripulación de Flint, y sabe que en cierta isla está escondido un tesoro que sólo puede encontrarse con ayuda de cierto mapa. Ahora ese mapa ha caído en manos del joven Jim, que se embarca como grumete en la goleta “Hispaniola” para llegar a la isla. Long John se las arregla para cautivar al dueño del barco —que ignora su pasado de pirata— hasta convencerlo para que lo lleve como cocinero. Además, algunos de los hombres de John irán como tripulación. Long John, como se ve, es un seductor nato: también tiene fascinado al joven Jim. Le dice que, aunque sea un chico, no tiene “un pelo de tonto”. Le habla de los peligros del mar. Y hasta le regala esta enseñanza, que Jim comprobará con creces: “No puedes tocar brea sin mancharte”. Cuando uno se mete en el mundo violento y excitante de la piratería, es imposible mantenerse inocente. Es casi una advertencia: no sólo de que él mismo, Long John, no es un santo, sino de que con el tiempo Jim tampoco lo será. ¿Qué puede ser más paternal que esa enseñanza?

9

Un buen día, en alta mar, Jim se mete adentro de un barril de manzanas. Jim es así: le da por hacer cosas. Así escondido, escucha una conversación entre Long John y

un marinero joven, al que intenta convencer para que colabore en sus planes para recuperar el tesoro. Le habla como antes a Jim: le dice, entre otras cosas, que no tiene “un pelo de tonto”. Y Jim, oyendo esto, se siente traicionado. Mucho más que la traición de John al barco (que sin embargo puede costarle la vida) le duele la traición al lazo casi paternal que tenía con él. Es una de las escenas que más me gustan:

10

Pueden imaginar [escribe Jim] cómo me sentí al oír a aquel sinvergüenza dirigiéndole a otro las mismas palabras de adulación que había empleado conmigo. Creo que si hubiera podido, lo habría matado a través del barril.

Muchas peripecias más tarde, sin embargo, Long John también le salva la vida a Jim. Y el mismo Jim termina siendo de temer, por decir lo menos. Pero a mí siempre me pareció que las hazañas y locuras de Jim están hechas, un poco, para impresionar a Long John. Para que lo quiera más y no le hable como a cualquier grumete idiota. Para que esté orgulloso de él. Y cuando por fin lo logra, como pasa siempre, le toca descubrir que Long John también tiene sus problemas.

No le fue demasiado bien al bucanero: no quiero adelantar lo que sucede, pero digamos que sus propios hombres dejaron de confiar en él y en sus planes y no lo quieren más como líder. Le entregan una “mancha

negra”, que es el modo pirata de decirle a un capitán que le han quitado el puesto. ¡Qué tonta y mala es la gente común, sean piratas o marineros honestos! Long John está terriblemente decepcionado. Logra imponerse a ellos con su carisma, pero ya no confía en ninguno. Entonces Jim ve al solitario que también es Long John, y se compadece.

Y hay otro detalle que me gusta mucho: la “mancha” es una página arrancada de la Biblia, más exactamente del Apocalipsis. Ahí los piratas escribieron con carbón la palabra “Destituido”. Long John se la regala como recuerdo a Jim. En el lado impreso hay un versículo:

11

Afuera los perros y los asesinos.

Con los años, nos cuenta Jim, la fea palabra escrita con carbón ha desaparecido, pero los versículos impresos no. Hay verdades que son para siempre. ¿Y cuál es la verdad, esa segunda verdad que le regala John, como lo haría un padre, a Jim? Yo busqué el pasaje completo en la Biblia. Habla de aquellos que tienen un lugar en el paraíso y aquellos que no. Y dice así:

Bienaventurados los que lavan sus vestiduras, para tener derecho al árbol de la vida y a entrar por las puertas de la ciudad.

Fuera los perros, los hechiceros, los deshonestos, los asesinos, los idólatras y todo aquel que ama y practica mentira.

Vale decir que en esta aventura estamos todos fritos. Porque ni los piratas, ni los marineros, ni el dueño del barco, ni Long John Silver ni Jim Hawkins están libres de faltas. A todos los espera el infierno, porque la vida es así, la aventura es así, la única manera de no “mancharse con brea” es quedarse en casa y no hacer nunca nada. ¿Y quién quiere vivir de esa forma? Pero hay maneras y maneras, sugiere Long John; y esa es tal vez su lección definitiva y la lección definitiva de Robert Louis Stevenson para los lectores de esta novela. Cuando vayan en busca del tesoro, niños, no intenten permanecer inocentes, porque no lo conseguirán. Escóndanse cuando haga falta, mientan cuando haga falta. Alguna vez tendrán también que cargarse a cuchilladas a un filibustero o dos. Pero háganlo con gracia, niños. No sean miserables: reconozcan a un gran capitán cuando lo ven, celebren la valentía cuando la encuentran, en el amigo y en el enemigo. Beban y canten. Lo que hagan, háganlo a lo grande. Entréguense a la aventura con generosidad y alegría, como Long John Silver. Y pásenme la botella de ron, ¡rayos y truenos!

A S.L.O., un caballero norteamericano, cuyo gusto por lo clásico me ha guiado al escribir este relato, y a quien hoy dedico estas páginas, como una muestra de gratitud por tantas horas placenteras y tantos deseos amables.

SU AFECTUOSO AMIGO, EL AUTOR.

Al comprador indeciso

*Si las historias y canciones marineras,
tempestades y aventuras, calor y frío;
si goletas, islas y náufragos
y bucaneros y tesoros enterrados,
y todos los antiguos romances, contados de nuevo,
exactamente igual, a la vieja usanza,
pueden gustar, como a mí me gustaban en la juventud,
a los juiciosos jóvenes de hoy:*

*Así sea y ¡adelante! Pero si esto no ocurre,
si los jóvenes estudiosos de hoy ya no anhelan
viajes con Kingston, Ballantyne o Cooper
por bosques y a través de las olas:
¡Así sea también! ¡Y sólo quiero yo
compartir la sepultura con mis piratas,
allí donde estos yacen con todas sus creaciones!*

Parte I

El viaje bucanero

El viejo lobo de mar* en el Almirante Benbow

19

El caballero Trelawney, el doctor Livesey y los otros señores me han pedido que escriba todos los detalles referentes a la isla del tesoro, desde el principio hasta el fin, sin ocultar nada, a excepción de la posición geográfica de la isla, y esto únicamente porque todavía quedan allí restos del tesoro que no han sido recogidos. Tomo, por tanto, la pluma en el año 17... de la era cristiana. Y me remonto a la época en que mi padre estaba al frente de la posada Almirante Benbow y el viejo marinero de rostro bronceado, con la cicatriz de una herida de sable, vino a alojarse bajo nuestro techo.

Recuerdo como si fuese ayer cuando lo vi llegar caminando lentamente hasta la puerta de la posada, seguido por una carretilla ocupada por un cofre de marinero. Era un hombre alto, fuerte, recio y con el color de la nuez; su cabello, atado y cubierto de brea, caía sobre los hombros de su abrigo azul; tenía las manos callosas y llenas de cicatrices, con las uñas negras y rotas. La cicatriz de su

* Las palabras con asteriscos remiten a un glosario náutico en la página 333.

mejilla era una marca amoratada y de un blanco sucio. Todavía me parece verlo mientras paseaba sus ojos por la ensenada, al tiempo que silbaba entre dientes, y de pronto empezaba a cantar aquella vieja canción marinera que luego le oiríamos con tanta frecuencia:

*Quince hombres sobre el cofre del muerto.
¡Ah, ja, ja, la botella de ron!*

20 Cantaba con aquella voz recia y temblorosa que parecía haberse formado en las barras del cabrestante*. Luego golpeó en la puerta con un pedazo de palo que llevaba en una mano y, al aparecer mi padre, pidió bruscamente un vaso de ron. Cuando lo tuvo entre sus manos, bebió con lentitud, como buen catador, paladeando el líquido y sin dejar de mirar, al mismo tiempo, a su alrededor, a los acantilados y al cartel que, sobre la puerta, tenía escrito el nombre de nuestra posada.

—Esta es una ensenada práctica —dijo por fin—, y su establecimiento se halla muy bien situado. ¿Mucha clientela, amigo?

Mi padre le dijo que, desgraciadamente, teníamos pocos clientes.

—Pues entonces —dijo—, este es el camarote que a mí me va. ¡Oye, amigo! —gritó al hombre que empujaba la carretilla—. Atraca aquí y ayúdame a subir el cofre. Me quedaré unos días en este lugar. Yo soy un hombre simple: ron, tocino y huevos es todo lo que necesito, y aquel promontorio allá arriba para observar los barcos. ¿Que